

23 DE SEPTIEMBRE DE 2026

1. EN EL CORAZÓN DE LA IGLESIA Y DEL INSTITUTO

1.3 Encuentro con la Iglesia de ayer y de hoy

1.3.1 Audiencia Generale del Santo Padre – Vaticano

(Oración en autobús)

Angelus

Acto de confianza

Guía: Confiamos nuestra vida a María, nuestra Madre y guía, para que nos ayude a cantar con alegría el amor de Dios por nosotras, a vivir nuestra vocación con compromiso, renovadas en la fe y en el amor a Jesús, ansiosas por comunicar con pasión y coherencia la belleza del Evangelio a las nuevas generaciones:

Oh María Auxiliadora de los Cristianos,
Te confiamos nuestro camino
de donación total a Dios.
Enséñanos a cantar con alegría y gratitud
nuestro Magnificat al Señor.

Haznos atentas a la voz del Espíritu,
para que sepamos vivir con humildad,
caridad, sencillez y confianza en nuestra vida diaria.

Como Tú, deseamos entregarnos plenamente al Padre.
Que nuestra vida, vivida en castidad, pobreza y obediencia,
sea un reflejo transparente del amor de Dios
y un eco de tu bondad materna.
Siguiendo las huellas de Madre Mazzarello,
concédenos donarnos con alegría a los jóvenes
que nos han confiado. Amén.



ORACIÓN

Guía 1: Iniciamos nuestra peregrinación de hoy, dando gracias a Dios por el don de su amor y por darnos a la Iglesia como madre que acoge, acompaña y fortalece nuestra fe.

Nos dirigimos a la Basílica de San Pedro, centro de la Iglesia Universal. Que el Espíritu Santo nos guíe, ilumine nuestra mente y nuestro corazón, para acoger juntas con alegría las bendiciones que Dios nos ofrece.

Canción: Iglesia soy (8)

<https://www.youtube.com/watch?v=ZVTpuUQ4xEQ>

Iglesia soy y tú también;
en el Bautismo renacimos a una vida singular.
Y al confirmar hoy nuestra fe,
lo proclamamos compartiendo el mismo pan.

Estribillo

**No vayas triste, en soledad, ven con nosotros y verás
a los hermanos caminando en el amor.
Ven con nosotros y serás en la familia un hijo más,
iremos juntos caminando en el amor.**

Yo la veré envejecer,
pero a mi madre con arrugas y defectos la querré;
la quiero más, pues sé muy bien
que ha envejecido sin dejarme de querer. (Estribillo)

La Iglesia es tan maternal
que me ha engendrado, me alimenta
y acompaña sin cesar.
La Iglesia es tan maternal
que nunca duda en abrazarme y perdonar. (Estribillo)

Tensiones hay y las habrá
porque nosotros somos hombres
y no ángeles de luz;
pero al final, sólo al final
la Iglesia unida encontrará su plenitud. (Estribillo)

Guía 2: Dios es nuestro pastor fiel, quien nos provee generosamente y nos guía por sendas de justicia. Su protección no consiste necesariamente en evitarnos toda dificultad sino en permitir únicamente aquello que contribuye a nuestro bienestar, conforme a su bondadoso propósito para nuestras vidas. Por ello, estamos invitadas a poner toda nuestra confianza en Él.

Salmo 22(23): El Señor es mi pastor (*lados alternos*)

El Señor es mi pastor; nada me faltará.
En verdes praderas me hace descansar;

Por aguas tranquilas me guía;
Él refresca mi alma.

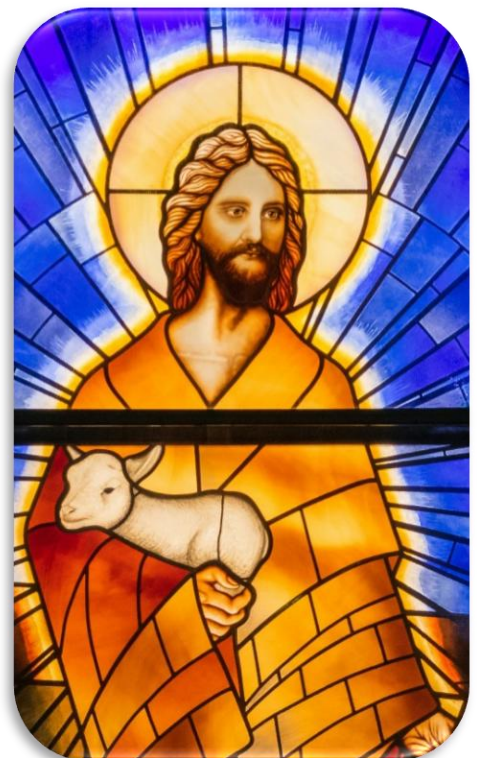
Él me guía en el camino correcto
Me llama por mi nombre.

Incluso cuando camino por el valle oscuro,
No temo mal alguno: porque tú estás a mi lado

Con tu caña y tu bastón
Eso me da valor

Extiendes la mesa frente a mí
a la vista de mis enemigos;

Unges mi cabeza con aceite;
Mi copa se desborda.



Solo la bondad y el amor me siguen
Todos los días de mi vida;

Y habitaré en la casa del Señor
por los días de mi vida. Gloria...

Jn 2,1-5 “Hagan lo que Él te diga”

Tres días después, hubo una boda en Caná, Galilea, y la madre de Jesús estaba presente. Jesús también fue invitado a la boda con sus discípulos. Mientras tanto, cuando se acabó el vino, la madre de Jesús le dijo: “Ya no tienen vino.” Y Jesús respondió: “¿Qué tengo que ver yo contigo, mujer? Mi momento aún no ha llegado.” La madre les dice a los sirvientes: “Hagan lo que él les diga.”

(breve pausa)

Guía 1: “Jesús se revela como el Esposo del pueblo de Dios, anunciado por los profetas. Revela la profundidad de la relación que nos une a Él: es una nueva alianza de amor. Somos conscientes de que la gracia del Bautismo nos caracteriza como pueblo de Dios en camino y se expresa en la belleza de ser hijos del Padre y hermanos en el servicio gratuito”. *(Actas CGXXIV)*.

Guía 2: Señor, rico en amor y misericordia, te damos gracias por este día de encuentro con la Iglesia y con tu Sucesor el Papa León XIV; te pedimos que en esta experiencia podamos acoger y poner en práctica sus enseñanzas y así se consolide nuestra fe en ti. El Espíritu Santo nos haga testigos y generadoras de tu amor en el mundo. Tu bendición nos acompañe para “hacer lo que Jesús nos dice” y así ser vino nuevo en la misión a cada una confiada. Te lo pedimos por Cristo nuestro Señor. Amén



AUDIENCIA PAPAL

(Las participantes asistirán en la Audiencia Papal. Posteriormente, tendrán la oportunidad de almorzar y visitar las tiendas de recuerdos en las inmediaciones de la Basílica)

VISITA A LA BASÍLICA DE SAN PEDRO

(Las participantes son libres de continuar visitando la Basílica de San Pedro y son invitadas a renovar su fe de manera individual. Todavía en este momento, las participantes podrán visitar tiendas de souvenirs y visitar otros lugares de curiosidad. En pequeños grupos, todas regresarán por su cuenta a la Casa Sacro Cuore a la hora acordada.)

Las actas del CGXXIV nos recuerdan que la fe se concretiza para nosotras en un proceso que debe ser compartido como consagradas, como comunidad educativa, como Familia Salesiana, como Iglesia, para reavivar y testimoniar la belleza de la vocación y de la misión, en una actitud de formación permanente. En este proceso asumimos la sinodalidad misionera como estilo de vida para escuchar el grito de los pobres y de la tierra y hacer opciones evangélicas audaces.

Aquí cerca de la tumba de San Pedro y de algunos de sus sucesores, dejemos resonar en nuestros corazones las palabras del mismo Jesús: “Tú eres Pedro y sobre esta roca edificaré mi Iglesia y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella” (Mt 16,18).

Oremos por la Iglesia y especialmente por nuestros hermanos que están llamados a dar testimonio de la fe con el martirio; oramos por nosotras, peregrinas en estos lugares santos para que podamos abrirnos al amor de Dios Padre y acompañarnos mutuamente en el camino de la santidad.

Renueva tu fe, orando el Credo de los Apóstoles

Creo en Dios, Padre Todopoderoso, creador del cielo y de la tierra. Creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor, que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, nació de Santa María Virgen, padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado, descendió a los infiernos, al tercer día resucitó de entre los muertos, subió a los cielos y está sentado

a la derecha de Dios, Padre todopoderoso. Desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos.

Creo en el Espíritu Santo, la santa Iglesia católica, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna. Amén



EUCARISTÍA (*Capilla de la Casa Sacro Cuore*)



LECTURAS ADICIONALES

Cronohistoria del Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, Vol II

Don Bosco a Roma-Venti Viaggi nella Città Eterna, editado por el padre Antonio Sperduti.
sdb.org

MADRE MAZZARELLO Y DON BOSCO EN ROMA

Hoy queremos recordar el viaje de Madre Mazzarello a Roma en noviembre de 1877, para recordar esos días inolvidables en el corazón del cristianismo, para caminar espiritualmente en sus pasos y para disfrutar de sus mensajes de vida.



Aquí está el relato de esta experiencia que se encuentra en el segundo volumen de la *Cronohistoria*:

Madre Mazzarello y dos misioneros de Mornese viajan a Roma

Una competencia humilde por el viaje a Roma

Por la tarde, la Madre y las dos misioneras salen de Mornese hacia Sampierdarena, donde se reunirán con los salesianos que van a Roma.

Pasan la noche con las mujeres encargadas de la cocina y ropería de aquel internado, donde son recibidas con gran alegría y servidas con esmero. ¡Qué alegría para Sor Vallese encontrarse allí con Don Cagliero, al que aún no había visto después de su regreso de América!

Durante la cena, mientras se toman los últimos acuerdos para el viaje, la Madre le dice a Don Cagliero: “Señor director, ¿no le parece que yendo yo a Roma va a desmerecer el Instituto? El Santo Padre esperará ver en la Superiora General a una Hermana instruida, educada, y en cambio no verá más que a una pobre ignorante”.

Don Cagliero sonríe con aquella sonrisa suya característica, y anima a la Madre a ir igualmente. Después, volviéndose a las dos Hermanas y a los presentes, incluidos Don Costamagna y Don Pablo Albera, director de la casa, dice en voz baja: “Aprendamos la lección”.

A la mañana siguiente parten para Roma en compañía de Don Juan Cagliero.

En Roma

Llegados a Roma, hallan buena hospitalidad en el albergue de los peregrinos, en apartamentos separados para los Salesianos y las Hermanas; pero no encuentran nada para comer, porque el albergue ofrece una sola comida a las dos de la tarde.

¿Qué hacer? Los Salesianos tienen más hambre que apetito. Las Hermanas no dicen nada, pero... Entonces la Madre, sin ningún miedo de la oscuridad ni de las novedades de Roma, toma consigo a Sor Borgna y como si estuvieran en Mornese, va a las tiendas más próximas a proveerse de fruta, pan y queso para todos.

A la mañana siguiente, viernes, día 9, las Hermanas se levantan muy temprano, oyen varias misas en la capilla del albergue, desayunan y se van a visitar la basílica de San Pedro, antes de subir las escaleras del Vaticano para la audiencia pontificia.

Sobre las doce, están todos a la espera del Santo Padre.

Precedido por un movimiento de gendarmes, guardias pontificios y prelados, aparece el Papa, llevado en la silla gestatoria. Su rostro está marcado por el sufrimiento, a causa de la salud notablemente resentida.

Tomando el tema de la dedicación de la Archibasílica lateranense, festividad del día, el Santo Padre habla de la bondad de la Iglesia para con sus hijos obedientes y de la severidad divina para con los hijos que no quieren reconocerla por madre.

Habla extensamente de Don Bosco y de la gracia grande de ser hijos e hijas de tan buen Padre. Muestra su complacencia y su admiración al oír que todo aquel grupo que está postrado a sus pies pide la bendición papal para dirigirse después a las misiones de América, y pregunta a Don Cagliero: «¿De dónde saca Don Bosco toda esta gente?».

-Santidad, se la manda la divina Providencia.

El Papa junta las manos, mira al cielo y exclama: “¡Oh, divina Providencia!”.

Al llegar a este punto, la Madre, conmovida y humilde, dice en voz muy baja, sin apartar la mirada de la venerable figura de Pío IX: “¡Oh Señor, bendecid a vuestro Vicario!”.

Don Cagliero presenta luego a la Superiora General de las Hijas de María Auxiliadora y el Santo Padre se congratula con ella y con las Hermanas. Dice con gran ternura que son las afortunadas y bendecidas por el Señor, por ser hijas de Don Bosco; que también ellas tendrán un vasto campo de trabajo evangélico y que, como verdaderas madres solícitas y amorosas, harán un gran bien, preservando del mal a muchas niñas abandonadas por sus padres y salvarán a muchos pobres salvajes enseñándoles a conocer, amar y servir a Dios en esta tierra para gozar con él eternamente en el cielo.

Termina bendiciéndoles: “Que nuestra Bendición Apostólica, mis buenos hijos e hijas, descienda sobre vosotros, sobre vuestros padres y parientes, sobre vuestros hermanos y hermanas, para que se extienda la gloria de Dios, el bien de la Iglesia y la salvación de las almas. En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén”.

A continuación, el Papa da a besar su anillo a todos los presentes.

A las dos misioneras les dice que deben ser como las grandes conchas de las fuentes, que reciben el agua y la derraman en beneficio de todos: es decir, conchas de virtud y de sabiduría en beneficio de sus semejantes. Y poniendo las manos sobre la cabeza de cada una, añade paternalmente: “¡Que Dios os bendiga, para que podáis hacer mucho bien!”.

Las misioneras están conmovidas y asombradas. La Madre no habla: su alma está toda en sus ojos; incluso al salir, cuando las Hermanas le preguntan acerca de su impresión personal, no sabe hablar de otra cosa que de la gran bondad del Papa.

Después, rápidamente, se dirigen al albergue para la comida. Les espera la carroza que un cooperador ha puesto a su disposición para las visitas a Roma, acompañadas por el salesiano coadjutor Musso, maestro zapatero y neomisionero.

Por la tarde, van todos juntos a las catacumbas de San Calixto. Aunque en Roma el clima suele ser generalmente templado, el frío se deja sentir bastante y la pobre Madre, a la que el reuma no abandona un momento, se ha cubierto la cabeza con el chal para evitar consecuencias.

Pero en la visita a las catacumbas se ha dado cuenta de que el clérigo salesiano Carlos Pane tiembla de frío, a causa de un ataque de fiebres palúdicas que lo atormenta desde hace unos meses. Toma su chal y se lo pone al clérigo, rogándole que no se lo quite, para evitar consecuencias mayores.

El buen clérigo lo rehúsa cortésmente, pero se ve obligado a aceptar, por la insistencia de la Madre y la necesidad de abrigarse.

El chal cambia, pues, de dueño: las Hermanas miran con pena a la Madre enferma. Ella les sonríe, saca del bolsillo un pañuelo negro de seda con franjas moradas y protege con él su cabeza dolorida, sin quitárselo ni siquiera cuando salen por Roma.

Cuando regresan al albergue al anochecer, la Madre, que piensa que tanto los Salesianos como las Hermanas se tomarían muy a gusto un bocadillo, sale otra vez de compras con Sor Borgna, proveyéndose también para el desayuno. Y de este modo, las hermosas calles de Roma contemplan a una Superiora General con aquel pañuelo a la cabeza, cargada de pan y de fruta. Ella no piensa en sí misma; sus cuidados y atenciones son siempre para los demás. Menos mal que en el albergue no faltan almohadas que proporcionen un poco de bienestar a su pobre y dolorida cabeza: En Mornese no dispone de tanto. Cuando le ataca el reumatismo y el dolor de oído le hace sufrir, se contenta con un cajoncito de madera que le permita tener la cabeza levantada. Y si alguna va en busca de algo más blando, la ataja diciendo: “No, esto es suficiente para mí. ¡Somos pobres!”.

Los restantes días los emplean en visitar las basílicas y monumentos de la Roma cristiana.

Tienen también la suerte de asistir, en San Juan de Letrán, a la consagración de varios obispos y de oír una misa cantada en gregoriano. La Madre sabe sacar de todo motivo de filial devoción al Papa y de veneración profunda a los santos apóstoles y mártires que allí, en Roma, confesaron a Jesucristo derramando su sangre por la fe. Y ante tantos tesoros de arte y de religión, exclama sin cesar: “¡Qué hermoso será el paraíso!”.

DON BOSCO EN ROMA

Don Bosco visitó el Vaticano en numerosas ocasiones para contemplar su belleza, pero especialmente para asistir a diversas audiencias con el Santo Padre. Una

crónica precisa, escrita por el clérigo Rua, describe en detalle sus primeras visitas a la Basílica de San Pedro y sus primeras audiencias con el Papa Pío IX.

Don Bosco visitó cada rincón de la Basílica de San Pedro con interés, llegando incluso a tocar la tumba del apóstol Pedro con un palo.

La primera reunión con el Papa tuvo lugar el 9 de marzo de 1858. En esa ocasión, el Santo Padre aconsejó a Don Bosco fundar una “Sociedad” que pudiera continuar el trabajo con los jóvenes que él había comenzado. Y fue la semilla de lo que se convertiría en la Sociedad Salesiana.

Durante una de sus visitas a Roma, Don Bosco habló con el Papa Pío IX sobre el proyecto de fundar una congregación de mujeres, partiendo de un grupo de jóvenes que vivían en Mornese. Estaban bajo la guía de un santo sacerdote, el padre Doménico Pestarino, y liderada por María Doménica Mazzarello. Ya estaban haciendo el mismo trabajo que él hacía en Turín con los chicos. En una audiencia posterior, el Papa le dijo a Don Bosco: “He pensado en tu plan de fundar un Instituto de mujeres religiosas, y me parece lo correcto para la mayor gloria de Dios y para el beneficio de las almas.”

Durante **su novena estadía en Roma**, Don Bosco tuvo dos propósitos particulares: la aprobación de la formación del Instituto de María Auxiliadora de los Cristianos y las vocaciones de los adultos al estado eclesiástico y de los Cooperadores Salesianos.

El Papa León XIII también dio la bienvenida a Don Bosco en el Vaticano en varias ocasiones. Recordemos que fue el Papa quien le pidió construir la Basílica del Sagrado Corazón en Roma.

Recordemos 1884, cuando Don Bosco escribió la carta de Roma, que es un poema educativo. Está escrita desde la Basílica del Sagrado Corazón, en la carta insiste en los medios espirituales que deben usarse para una verdadera eficacia educativa: acercarse frecuentemente a los sacramentos de la Confesión y la Eucaristía y tener una devoción filial a Nuestra Señora.

El 20 de abril de 1887, Don Bosco realizó su último viaje de Turín a Roma. Se reunió nuevamente con el Papa León XIII, quien lo elogió por sus logros y lo animó con cariño. El 14 de mayo de 1887, la Basílica del Sagrado Corazón fue solemnemente consagrada por el Cardenal Vicario, Parocchi, en presencia de numerosas autoridades civiles y religiosas.

El mismo día de la consagración de esta iglesia, también se inauguró el gran órgano construido por Giuseppe Bernasconi de Varese, colocado en el balcón con vista al presbiterio.

Hoy, a la entrada de la nave de la Basílica de San Pedro, sobre la estatua de San Pedro y la efigie del Papa Pío IX, se encuentra la estatua de Don Bosco, tal como él mismo había soñado que sucedería.

BEATO PAPA PÍO IX: PAPA DE DON BOSCO



Futuro Papa como misionero

Giovanni María Mastai Ferretti (*Pío IX*) fue el noveno hijo del conde Girolamo y Caterina Sollazzi. Nació en Senigallia el 13 de mayo de 1792. Entre 1803 y 1808, fue estudiante en el Colegio de Nobles en Volterra. Deseando convertirse en sacerdote, tuvo que interrumpir sus estudios debido a convulsiones repentinas de epilepsia. En 1815, en Loreto, obtuvo la gracia de una completa recuperación. Reanudó sus estudios teológicos en 1819 y fue ordenado sacerdote. En 1823, se trasladó como misionero a Chile por dos años.

Joven obispo de Spoleto – Papa a los 54 años

A los 35 años, fue nombrado arzobispo de Spoleto y, en 1832, de Imola. En 1840 fue creado cardenal y, el 16 de junio de 1846, en la cuarta votación, con 36 votos de 50 cardenales en el cónclave, fue elegido Sumo Pontífice a los 54 años. Tan pronto como se convirtió en papa, emprendió una serie de reformas dentro del Estado Pontificio (*libertad de prensa, libertad para los judíos, inicio de un ferrocarril, promulgación de los Estatutos*), pero cuando en 1848 se negó a apoyar la guerra contra Austria, comenzó su “persecución”.

Asesora a Don Bosco sobre su “Sociedad”

San Juan Bosco tuvo su primera audiencia con Pío IX el 9 de marzo de 1858. Ambos sentían que habían encontrado a un santo. Pío IX apoyó y guió a Don Bosco en la fundación de la Congregación Salesiana. Fue él quien sugirió llamarlo una “Sociedad” según la época, de tener votos, pero no votos solemnes, y sugirió un hábito sencillo y una práctica intensa pero no demasiado complicada de la piedad. Convenció a Don Bosco de escribir sus memorias y así dejar un legado espiritual a los salesianos.

El Papa de Don Bosco

Durante su pontificado, aprobó las Constituciones de la Sociedad Salesiana, el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora y la Piadosa Unión de Cooperadores Salesianos, y fue de los primeros en registrarse como miembros. Don Bosco sentía un gran amor por Pío IX y aceptaba Todos sus consejos, incluso cuando le costó un gran sacrificio: “Estoy dispuesto a enfrentar cualquier dificultad”, solía decir, “al tratar con el papado y la Iglesia.” Pero el Papa también tenía gran estima por Don Bosco y lo llamaba frecuentemente a Roma para pedir ayuda en asuntos delicados.

Actos papales importantes

El 8 de diciembre de 1854, definió el dogma de la Inmaculada Concepción. En 1869, convocó el Concilio Vaticano I y, el 8 de diciembre de 1870, proclamó a San José patrono de la Iglesia Universal. El 16 de junio de 1875, consagró la Iglesia dedicada al Sagrado Corazón de Jesús. Murió el 7 de febrero de 1878, después de 32 años de pontificado. Juan Pablo II lo beatificó el 3 de septiembre, junto con el Papa Juan XXIII.

Declarado Venerable el 6 de julio de 1985; beatificado el 3 de septiembre de 2000 por Juan Pablo II.